



World Order Reflections on the Character of Nations and the Course of History

Henry Kissinger

2014. New York: Penguin Press. 420 páginas.

ISBN: 9781594206146



Pedro Rodríguez

Departamento de Relaciones Internacionales

Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE

En el otoño de 1972, el presidente Richard Nixon intentaba culminar su ambición de un segundo mandato en la Casa Blanca. Restaba importancia a ese “robo de tercera” en el edificio Watergate y presumía de sus éxitos al haber logrado romper la inercia de la Guerra Fría con China y Rusia. Méritos a los que Henry Kissinger, su gurú en la arena internacional, se empeñó en añadir una tentativa solución para la guerra de Vietnam antes de la cita electoral de noviembre.

El 8 de octubre de 1972, un soleado domingo de otoño en París, Kissinger y el comunista Le Duc Tho volvieron a sentarse en una nueva ronda de negociaciones. Para romper el hielo, se pusieron a hablar del hipódromo de Auteuil, situado en el Bois de Boulogne y con la particularidad de que una parte de su trazado se encuentra cubierto por árboles. Según comentó Kissinger para ganarse a su interlocutor, precisamente en ese tramo oculto a la vista del público es “donde los jinetes deciden quién ganará”.

Más de cuatro décadas después y descrito por sus admiradores como un león en su prolongado invierno, Henry Kissinger sigue buscando complicidad para racionalizar sus aportaciones tanto como intelectual de la diplomacia americana como practicante. Con un don exquisito de la oportunidad, Kissinger ha publicado *World Order* en una inquietante coyuntura global con superávit de desorden. Este libro reúne las reflexiones del nonagenario autor sobre el carácter de las naciones, el curso de la historia y sus creencias en la *Realpolitik* que empezó a fraguar en

Harvard con su tesis doctoral de 1957 sobre Metternich, Castlereagh y la restauración de la paz tras las guerras napoleónicas.

En las páginas de lo que podría ser el último libro de Kissinger, no hay ni choque entre civilizaciones a lo Huntington, ni un triunfante final de la historia al estilo Fukuyama. Se trata más bien una exposición razonada de sus obsesiones: la búsqueda de un equilibrado orden internacional y la escuela de pensamiento diplomática realista. En definitiva, una forma escéptica de ver el mundo, que en contraste con la alternativa del idealismo liberal, evita como algo bastante peligroso mezclar política exterior con valores morales.

En su *tour de force*, el modelo de orden mundial que Henry Kissinger considera como arquetipo no es otro que la Paz de Westfalia, negociada en Europa al final de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). A su juicio, las condiciones en el Viejo Continente en mitad del siglo XVII se asemejan llamativamente a las del mundo actual: “Una multiplicidad de unidades políticas, ninguna lo suficientemente poderosa como para derrotar a todas las demás, muchas pegadas a filosofías contradictorias y prácticas internas, en búsqueda de normas neutrales para regular su conducta y mitigar conflictos”.

Completamente agotados y endurecidos por la batalla de una pionera “guerra total”, las partes representadas en la Paz de Westfalia abandonaron sigilosamente viejas formas jerárquicas al uso. Hasta el punto de que, según

recuerda Kissinger, en su búsqueda de una absoluta igualdad se pusieron de acuerdo para acceder a la sede de negociación a través cada uno de su propia puerta, obligando a la construcción de múltiples entradas.

En aquel primer congreso diplomático moderno se adoptaron una serie de principios claros. De todos ellos, el más relevante sería consagrar al Estado –no los imperios, dinastías o religiones– como el “bloque constructor del orden europeo”. Una base estatal completada con autonomía soberana por la cual cada país signatario tenía “el derecho a elegir su propia estructura doméstica y orientación religiosa libre de intervención” (*cuius regio, eius religio*). Con el resultado de producir “un sistema de Estados independientes que evitan interferir en los asuntos domésticos de otros y que controlan sus ambiciones a través de un equilibrio general de poder”.

En definitiva, la paz de Westfalia creó un nuevo orden internacional sostenido en teoría por grandes estadistas concentrados en intereses nacionales y limitados por el concepto de balance de poder. Según Kissinger, el sistema de Westfalia fue un prelude de modernidad por su énfasis en “lo práctico y ecuménico” y por establecer un orden basado en “la multiplicidad y la moderación”. Y para mediados del siglo XX, la prueba de su triunfo es que “ese sistema internacional estaba en vigor en todos los continentes”.

Como encarnación del paradigma realista, Henry Kissinger insiste una vez más en su pesimista visión del mundo y motivos no parecen faltarle en la actualidad. Ante la brutalidad desatada por el llamado Estado Islámico en Irak y Siria, el autor declara que no se mantienen “reglas comunes salvo la ley de la fuerza superior”. A su juicio, tampoco parece existir alivio en lo referente a la proliferación de armas de destrucción masiva y “la persistencia

de prácticas de genocidio”. Memorial de amenazas al que se suman cuestiones como la peligrosa anarquía del ciberespacio, que en su opinión ha “revolucionado las vulnerabilidades” de un mundo cada vez más online y digital.

Con un panorama internacional que oscila entre lo problemático y lo catastrófico, casi perteneciente al estado de naturaleza *hobbesiano*, Kissinger argumenta que todo el mundo “de forma insistente, a veces casi desesperadamente, busca un concepto de orden mundial”. Especialmente en un momento de la historia cuando “el caos amenaza por todas partes con una interdependencia sin precedentes”.

Para mantener el equilibrio dentro del sistema de Westfalia, Kissinger resalta la importancia del principio de balance de poder para asegurar que nadie aumenta su fortaleza hasta el punto de resultar una amenaza hegemónica. Aunque como reconoce el exsecretario de Estado, ese esfuerzo por consagrar el orden en la Europa del siglo XVII fue “vilipendiado como un sistema de cínica manipulación de poder, indiferente a derechos morales”. En cualquier caso, la gran insistencia de Kissinger es que el mundo debe lograr un balance de poder basado en “una acomodación práctica a la realidad, y no una extraordinaria comprensión moral”.

Súper-K termina su *World Order* con un llamativo esfuerzo de recato intelectual: “Hace mucho tiempo, en mi juventud, fui lo suficientemente orgulloso como para considerarme capaz de pronunciar el significado de la historia. Ahora sé que el significado de la historia es una cuestión que debe ser descubierta, no declarada”. Una cura de humildad que el autor también recomienda para aquellos individuos y naciones en búsqueda de un elusivo orden mundial basado en la dignidad de las personas y el gobierno participativo.